



Entrelíneas

El Vallejo que ríe,
ríe mejor

JOSÉ LÓPEZ VILLALBA

Si, pretendiendo cumatrima en Verónica, ese personaje de Brecht que en el desmoronamiento de su optimismo paródico generaliza: "Porque si al Cholo Vallejo de lazo y le meto tal inyección de desconfianza que lo convierto en Walt Whitman", creo que es posible encontrar un Vallejo que vaya más allá de la leyenda de hombre oscuro, desgarrado y melancólico.

Quizás el mismo contribuya a forjar esa imagen que en las primeras décadas del siglo XX tan bien le venía a un poeta, más a uno que había en mala de la sierra peruana y terminaba siendo florero en el París de las vanguardias. El ciguero negro de un sentimiento, parece hoy un recurso un tanto excesivo, torcido, con el cual inevitablemente participar del festejo de la bohemia oficial de la época. Pero Vallejo del oeste francisco, le miraba en el vicio y el puro popular a su narración en relación que nos muestra la foto que, en 1928, le tomó en Versalles su amigo Juan Domingo Córdova; o el tatuaje, pétreo y medio rubio que dibujó Picasso.

Pero el mismo Córdova nos entrega detalles de un Vallejo (invernal, alegre y que gustaba de ir a bañar en Les Noctambules y en el Cyprip del Barrio Latino, en París). Un Vallejo que antes de salir de perestro se miraba una y otra vez en el espejo, se alisaba el pelo y las sacaba brillo a los zapatos, dispuesto a salir a la conquista masculina. Ligero de lengua, como no, divertía a todo el mundo con sus anécdotas pícaras y no había impedible hacia la universalidad de sus colegas. En definitiva, un Vallejo que no se limitaba de nada en serio.

Pero ha sido la crítica la que más ha contribuido a exaltar el lado púdico, enfermizo de su persona y también de su obra, dimensiones que en el poeta peruano — cuerpo y texto — resultan imposibles de separar. Un poeta de

miopía, un poco de mala intención, un poco de faja, lleva a insistir casi exclusivamente en el fatalismo vallejano y en adosar a cada detalle de su obra múltiples expresiones, como: "volcan", "tormenta", "delirio", "apogeo", "catastro", "tragico". Así, el juego en este natural de Santiago de Chile no es un juego cualquiera, es un juego cósmico o trágico o algo más el que más le conviene. Lo mismo para su humor o para su esotismo o para su simple ternura.

Ese latido apabullante, quejumbroso, choca de frente, sin embargo, con lo mejor de su poesía, aquella que muestra un Vallejo afortunado al momento de moldea sus versos, un poeta de acción y no de reacción, un innovador, lo que requiere, por cierto, como poca vitalidad o de gustarle la vida momentáneamente. Cuando a partir de Trilce, Vallejo decide despojarse del lastre del modernismo y jugar sus cartas contra la vanguardia y la sintaxis tradicional, su poesía se vuelve física, terrenal, con tal libertad asociativa, tal capacidad de sorprender, tal seriedad primordial, que el amor nos parece un mito. Pero no es un mito ingenuo, cándido, sino más bien un recurso de burla, hipérbole y señalamiento que prefirió vivir a la deriva en vez de representar el papel del varón dominado, del guía, del visionario, del potentado de América, por decirlo claro.

Pero incluso en el impetuoso dinamismo de Los heraldos negros, nos encontramos ya con ciertos fragmentos que resultan jocosos, como la de esos buques de las «Nostalgias imperiales» que al calor de la tarde van creyéndose cadaques. Y al fin el veneno de la

leona está presente desde su primera obra, es en los poemas Formas humanas que expresa con mayor consistencia su poder clásico, juguetón, pingüillo, como cuando al referirse al hombre genérico, aquel objeto de culto de los grandes discursos ideológicos, el Cholo sentencia: "el sabe que le quiere, que le odio con afecto y me es,

en serio, indiferente". Los estruendos fragmentarios son sorprendentes, su lenguaje es lúcido, antichicano, lleno de giros coloquiales. Vallejo es el primer antiposta del continente. Que el dolor crezca en el mundo a treinta milímetros por segundo o que el ser negro crezca en una cantidad enorme de dinero hacia el siglo paradójico con el que el autor peruano sabía aligerar el peso de una verdad amarga. Así, los famosos tristes de Vallejo no abrumaban nunca a la falta su dispendioso sentido del humor.

Pero un día eso. Como dice Clemente Palma respecto al suicidio, en Vallejo el hecho mismo de nacer y crecer, besar el dolor se convierte en una forma de vencerlo cuando el autor de la España, apunta de su este café hablo de la dentista, para lo demuestra la vigencia de su obra, su perdurabilidad. Por eso ahora nos da risa la carta que Clemente Palma le escribió para rechazar la publicación de "El poeta a su amado"; ahora es risa, su desamor y hasta su crueldad, porque ya sabemos que Vallejo no se dio por acordado o a la ocurrencia como le sugiere Palma y que los trojilares, lejos de echarse loco y acercarlo a la línea del ferrocarril, lo reconocen como su hijo más querido. En cambio, Clemente Palma es hoy sólo el hijo de Ricardo, el autor de las Tradiciones peruanas. Y aquel que escribió esa graciosa carta contra César Vallejo,



El Vallejo que ría, ríe mejor [artículo] Luis López-Aliaga.

Libros y documentos

AUTORÍA

López-Aliaga, Luis, 1966-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Vallejo que ría, ríe mejor [artículo] Luis López-Aliaga. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile